

# El hombre que miraba rodar las ruedas

Pablo Espinosa

Así como el fenómeno WikiLeaks vino a poner en evidencia asuntos que todo mundo sabía, intuía o sospechaba, algo similar ocurre con los estudios musicológicos, pues la ciencia médica, las investigaciones forenses y la tecnología, en combinación con la apertura de archivos hasta entonces secretos, aportan datos sorprendentes en todos los casos. En el de John Lennon, por lo pronto, el conjunto de revelaciones en distintas fuentes, anteriores a la wikilikieuforia, fortalece la hipótesis del crimen de Estado.

Hay que advertir, sin embargo, que aquí lo relevante no es confirmar la hipótesis y probar que, efectivamente, el Sistema armó la escenografía para que un psicópata con guión actuara. Lo importante a treinta años de ocurridos los hechos, es en todo caso reflexionar sobre la obra de una persona sumamente incómoda para el orden establecido, tanto, que nadie desecharía por peregrina tal idea.

Los factores que desencadenaron en 1972 una evidente, documentada persecución, asedio, acoso y hostigamiento desde el gobierno contra John Lennon, ya habían cambiado por completo el 8 de diciembre de 1980. Liquidar a un personaje que según la prensa del corazón ya estaba reducido a los quehaceres domésticos y, por lo tanto, ya no era blanco político, operaría como factor en contra de la hipótesis.

Tal equilibrio permite en consecuencia un análisis más objetivo. Por una parte, entonces, vale la pena insistir en que no es tan relevante confirmar que se trató de un crimen de Estado. Y no es, por supuesto, el objetivo de este texto, sino, por otro lado, sopesar los distintos elementos que lo colocaron como una amenaza para el poder. Y es precisamente este segundo elemento el que perdura: John Lennon no era solamen-

te incómodo, sino un tipo peligroso, subversivo: predicaba la paz, el amor, la búsqueda de la libertad en todos los sentidos.

Desde su condición de *Working Class Hero*, puso en jaque a Richard Nixon, quien vio amenazada su reelección por el tremendo poder de convocatoria que esgrimía en ese entonces Lennon, y puso a operar a ese personaje oscuro: J. Edgar Hoover, a quien la historia habría de descubrir, *postmortem*, como un travesti de clóset. Ambos personajes, Nixon y Hoover, por cierto, son protagonistas el uno de una ópera de John Adams, *Nixon in China*, y el otro en una obra igualmente maestra de otro compositor estadounidense, Michael Daugherty, titulada *Sing Sing: J. Edgar Hoover* en un disco del Kronos Quartet, donde Allen Ginsberg recita su poema *Aullido*.

En 1972 se conjuntaron, entre otros, los siguientes factores: el surgimiento de doce millones de votantes, pues por vez primera se permitió a los jóvenes de dieciocho años emitir sufragio. Richard Nixon se postuló por el Partido Republicano para un segundo periodo. Ordenó entonces al director del FBI, J. Edgar Hoover, prevenir problemas.

En su excelente, enciclopédica, acuciosa biografía, el musicólogo investigador Philip Norman aporta la siguiente ficha:

Hoover llevaba dirigiendo el FBI desde los años veinte, y tenía almacenado tal *dossier* de porquería sobre diversos servidores públicos que era imposible despedirlo o jubilarlo, por grandes que fueran sus abusos de poder. En secreto, era un homosexual travestido al que le gustaban los vestidos de volantes, pero llevaba su oficina como si todavía luchase contra Al Capone y John Dillinger y alimentaba un odio feroz hacia los “rojos” e



John Lennon

“izquierdosos” y su manifestación contemporánea, las estrellas del *rock*.

Otro estudioso del tema, Jon Weiner, dedicó tres años a rastrear, olfatear, rascar, excavar, exigir y obtener documentos que prueban el cerco ominoso que el poder cernió sobre el artista. Hubo un momento en el que los teléfonos ostentadamente intervinieron, los agentes desplegados con descaro en todas las rutas del músico y otras manifestaciones de ese brutal terrorismo de Estado fueron tan evidentes, que uno de los colaboradores de Lennon declaró a Philip Norman lo siguiente: “me esperaba que lo metieran en un saco en cualquier momento y se lo llevaran al aeropuerto, o incluso que lo asesinaran”.

J. Edgar Hoover no era el único que actuaba contra Lennon. Antes que él y después de la muerte de este personaje, el Servicio de Inmigración y Naturalización realizó innumerables intentos para deportar a John Lennon y a Yoko Ono y para el efecto les inventaron cargos, resucitaron acusaciones formuladas en otros países, fueron impotentes para aplicar las leyes que condenaban el consumo de drogas, y conjuntó esta institución gubernamental una



John Lennon y Yoko Ono

secuencia que ya resultaba, de tan insistente y fallida, francamente cómica.

El cargo en realidad era subliminal: los Lennon emitían sus opiniones por doquier. El poder de convocatoria del músico resultaba letal respecto de temas de la coyuntura tan caros como la guerra de Vietnam y las libertades civiles.

John Lennon nunca ocultó sus reuniones, colaboración, conciertos masivos de apoyo y jugosas donaciones en metálico a movimientos radicales como el de los Panteras Negras, el Irish Republic Army (IRA), y las actividades de Abbie Hoffman, Jerry Rubin, Bobby Seale, Angela Davis, Allen Ginsberg, John Sinclair y para colmo, la simpatía de Lennon por el candidato demócrata George McGovern. Era, en suma, un tipo muy peligroso ubicado en esa trinchera tan efectiva y de consecuencias hondas como es la contracultura.

John Lennon es una figura central del poder inmenso, el verdadero poder diríamos, porque tiene de su lado el ejercicio de la libertad, la creación artística, el libre albedrío, en fin, el poder indestructible del individuo, que rebasa la muerte. Por eso el poder ilusorio buscaba eliminarlo, al mismo tiempo que perseguía otra ilusión: la del crimen perfecto.

Lo curioso es que Nixon obtuvo una victoria aplastante. El grupo de votantes que supuestamente utilizaría Lennon, no pintó. J. Edgar Hoover murió en 1972 y la prioridad de Nixon era, en 1973, remontar el camino de Vietnam, manejar el control de daños. El FBI cesó de hostigar a Lennon, que dejaba de ser peligroso, pero

no así el Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN), que continuaba presionando para deportarlo.

John Lennon y Yoko Ono tampoco cesaban en su insistencia de que se les concediera el estatus preferente, puesto que eran artistas, creadores cuya presencia beneficiaba la vida cultural del país. Philip Norman nos recuerda que el abogado de la pareja consiguió un mandamiento judicial que obligaba al director del distrito de Nueva York del SIN a cumplir su obligación y resolver el asunto. Después se descubriría, sigue Norman, que el Comisionado de Inmigración en Washington, Raymond Farrell, había enviado una nota confidencial al director de distrito ordenando que no resolviese la solicitud de John y Yoko, “hasta después de habernos librado de ellos”.

Siete años después, en 1980, nadie se acordaba de todo esto. Las condiciones apuntaban a un *Nowhere Man*, título de la biografía que escribió Robert Rosen y que pinta a un supuesto hombre doméstico, dócil y en declive.

Así que la historia del *fan* psicótico se acomodaba a la perfección: Marc David Chapman, ese gordito de veinticinco años con historial adecuado, bien podía encontrar un nicho abajo de Lee Harvey Oswald y John Wilkes Booth, pero con tintes culteranos y hasta sublimes, de acuerdo con los testimonios de Philip Norman: el gordito tomó venganza subliminal de Lennon porque su éxito lo lastimaba. El obeso consumió su felonía y esperó su condena recargado contra la pared: mientras Lennon agonizaba a unos cinco metros de él, con pasmo y cierta serenidad leía *El guardián entre el centeno*, la novela de J.D. Salinger, y esperaba su transfiguración, pues cultivaba la fantasía de vivir en paralelo con Holden Caulfield, el protagonista del libro, de cuyo personaje se apropiará Chapman en esas páginas.

Philip Norman lo redacta así: Chapman “acabó creyendo que si terminaba con John podría entrar en las páginas del libro transfigurado en Holden”.

Por cierto, luego de narrar la muerte de Lennon, el último párrafo del libro de Norman es magistral: “durante varios días, arriba, en el departamento 72, cada vez que se abría la puerta de la cocina, tres gatos salían dando saltos para recibirle”.

El compañero de esos gatos era un hombre sumamente peligroso: llamaba al mundo entero a practicar el bien.

Escribió una canción llamada *Dios*.

Había una vez un hombre que decía: Dios es un concepto. Y que de esa manera los humanos creen mensurar su dolor.

Había una vez un hombre que se sentaba en la banqueta simplemente a ver rodar las ruedas.

Y escribió esa experiencia: *Watching the wheels go round*.

Había una vez un hombre que escribió estos versos: dicen que estoy loco por lo que hago, me miran como a un ser raro de seguro porque no juego el mismo juego que todos juegan. Y me dicen perezoso porque hago de mi vida un tejido de sueños, y entonces me aplican consejos y altos desigñios que me conduzcan a la iluminación. Y lo que pasa es que solamente estoy sentado viendo cómo ruedan las ruedas. Deveras que me gusta verlas cómo ruedan. Y para dejar de montar su alegre ronda, sé que lo único que tengo que hacer es dejar fluir. Y dejé fluir.

Había una vez un hombre que escribió una canción que tituló *Dios* y allí dijo que no creía en la magia ni en el *I-Ching* ni en la *Biblia* ni en el Tarot ni en Hitler ni en Jesús ni en Kennedy ni en Buda ni en los mantras ni en Gita ni en la yoga ni en Elvis ni en Zimmerman ni en los Beatles y dijo que solamente creía en él. Bueno, en Yoko y en él. Y que eso es la realidad. Y dijo señores, se acabó.

Pero antes se sentó en la banqueta a ver rodar las ruedas. A observar su propio desenlace:

Había una vez un hombre que vio el reflejo de uno de los rayos del sol dorado sobre el rayo de una rueda de bicicleta y vio entonces la rueda de la vida y volteó a ver el calendario: es 8 de diciembre de 1980, ha caído el día y retornan él y Yoko al Dakota Building.

Bromean, se dicen palabras que sólo ellos dos entienden. Se aman. Antes de llegar al vestíbulo, una pinche cucaracha dispara contra el humanista. John Lennon cae por tierra, fulminado, y miles, millones en el mundo sentimos, también en ese instante, que nos lleva la chingada.

*Dream is over.* ■